

Viajes por los discursos del Nuevo Mundo¹

CARMEN PERILLI

Resumen. Cuando se trata de registrar e interpretar la cultura colonial deben tenerse en cuenta las estructuras de actitud y referencia de las que habla Edward Said. Hay que lograr que Clío “re-visite” los discursos coloniales, y, al mismo tiempo frecuente las llamadas otredades. Sólo se puede “trascender el occidentalismo” convirtiendo nuestras tradiciones en complejos textos que se hagan cargo de las mediaciones y de las categorías geopolíticas que determinan la peculiar relación entre modernidad y colonialismo.

Palabras clave: colonia - Occidentalismo - colonialismo - modernidad - Otredades.

Travels towards the New World's Discourses

Abstract. When we try to catalogue and interpret colonial culture we must care from structures of attitude and reference proposed by Edward Said. We must, at the same time that Clío visits colonials discourses, frequents those we call otherness, Only so we can transcend the Occidentalism, converse traditions in complex texts that care the mediations and geopolitical categories than determine the peculiar relationships between modernity and colonialism

Keywords: Colony - Occidentalism - Colonialism - modernity - Otherness

¹ Una versión anterior de este trabajo se publicó bajo los títulos “Leer e historizar los discursos coloniales” en *Revista Pilquén*, Universidad del Comahue, Neuquén, Nro. 3, Noviembre. pp. 339-349 y “Leer e historizar los imaginarios coloniales” en *Kipus Revista Andina de Letras* de la Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, Ecuador. Nro. 11, semestre I. Págs. 103-111. Ambas versiones aparecieron en 2000.

Como crítica literaria me obsesiona la delimitación de una mirada y el armado de una “caja de herramientas” acorde con la complejidad discursiva de la literatura colonial, en particular, y la cultura colonial, en general. Hablo y escribo desde y sobre América Latina en una universidad inmersa en el mar de zozobras de estas latitudes. Mis reflexiones están vinculadas tanto a la producción como a la docencia, espacios en los que resulta inevitable ajustar modos de leer y sobre todo, de historizar e interpretar discursos coloniales. Así surgió mi libro *Colonialismo y escritura en América Latina* cuyo subtítulo –la sentencia de una acusada de hechicería *Ya béis que es oy tiempo al rebés*– resume una visión del pasado español, sacudido por el colonialismo y forjado en la violencia material y simbólica.

Ante el mandato de hacer historia e interpretar la cultura colonial no se puede dejar de tener en cuenta lo que Edward Said llama estructuras de actitud y referencia. No sólo se trata de lograr que Clío “re-visite” los discursos coloniales, sino que frecuente las llamadas otredades. Hay que dar cuenta de la complicada dinámica entre imperios y colonias y dentro de ella de la vinculación estrecha entre modernidad y colonialismo. Aníbal Quijano señala que la colonialidad puede considerarse el lado oscuro de la modernidad. Walter Mignolo agrega “Comprender la existencia de esos dos grandes paradigmas equivale a entender de qué manera ocurre la transformación en la geografía y la geopolítica del conocimiento” (Quijano, 2007: 31).

Para armar una trama que se acomode a este objetivo es necesario tener en cuenta “puntos de condensación”, lugares en los que, como señala Sarlo, “todo parece estar presente, donde la historia que la trama intenta contar da la impresión de ser el lugar de confluencia de una cantidad de historias que, tiempo después, quizás vuelvan a separarse.” (Sarlo, 1986: 10). La segunda tarea es la de la interpretación en la medida en que “toda literatura debe leerse como una mediación simbólica sobre el destino de la comunidad” (Jameson, 1989: 57).

Un itinerario por los mundos coloniales debe enriquecerse con los estudios de las últimas décadas, sin abandonar cierta cautela, como pide Roberto Schwartz (1986: 12) ante las modalidades vernáculas signadas por la “angustia de la novedad” y la ausencia de exploraciones consecuentes. Un nombre –el de Ángel Rama– se encuentra en el origen de la construcción de tramas: *La ciudad letrada* es, por cierto, uno de los más vigorosos intentos de dar cuenta del mundo colo-

nial, un modelo explicativo que aún estamos desarrollando.

Los encuentros, liderados por Ángel Rama y editados por Ana Pizarro, están dominados por la intención historicista –“si la crítica no construye obras, sí construye una literatura” (1985: 18)– a la luz de elementos como proceso y estructura, zona literaria, período y región, cultura y lengua. Dejo de lado la dudosa propuesta de un comparatismo contrastivo, en exceso recortada sobre el horizonte de los estudios literarios europeos. En cuanto a los estudios coloniales, se hace hincapié en la necesidad de incorporarlos al corpus, en su diversidad y con autonomía de la lengua en la que fueron formulados, al mismo tiempo que trabajar las producciones, teniendo en cuenta la función histórica.

Considero que no se ha otorgado la verdadera importancia al pionero trabajo de Beatriz Pastor (1983) que recorre el discurso narrativo imperial construyendo su corpus a la luz de la mitificación y la desmitificación del referente, en una actualización de la propuesta post-orientalista de Said. Su relevancia reside en la articulación de una visión deconstructiva, al mismo tiempo que abarcadora de la escritura del conquistador. Walter Mignolo agita las lecturas coloniales cuestionando la visión tradicional de los estudios literarios, postula relaciones diferentes entre canon y corpus, centradas en la relación oralidad/escritura y la colonización del espacio. Todos sus textos arman una red conceptual para dar cuenta de las semiosis coloniales, teniendo en cuenta tanto los discursos españoles como los indígenas. Su clásico artículo sobre tipos discursivos de la conquista y la colonización –centrado en la perspectiva del colonizador– se complementa con los análisis de la cultura mesoamericana –el Coloquio de los Doce Sabios en Anáhuac o los huehuetlatolli–. La propuesta de hablar de “lados de la letra” así como de producciones discursivas soslaya el restrictivo término literatura. El crítico argentino explora la serie letra/territorio, discursos/colonia para proponer conceptos que abran la formación discursiva el espacio de la letra a la voz y la imagen. En la misma dirección trabaja Serge Gruzinski en el estudio *La colonización de lo imaginario*. Este último considera necesario hablar de occidentalización “más que hispanización, pues aquélla implica códigos, modelos, técnicas y políticas que rebasan la península ibérica” (Gruzinski, 1991: 279).

Los imaginarios continentales están vinculados desde sus inicios a la problemática relación entre espacio y archivo, ligada a las cuestiones de la violencia y

el poder. El proyecto inconcluso de la modernidad es el proyecto inconcluso de los sucesivos colonialismos. La reorganización de la producción del conocimiento, tiende a formularse desde otra perspectiva en una epistemología fronteriza, una *geo-epistemología* en palabras de Claudio Canaparo. El espacio entre el sí mismo y el otro, en el horizonte de la colonización, se construyó sobre culturas consideradas como entes encerrados en territorios rearmados una y otra vez. Nos encontramos con una nueva zona fronteriza en la relación entre lo material y simbólico. La contraposición centro/periferia como puntos separados por una distancia irreversible nos obliga a re-articular mapas.

La noción de espacio adquiere una relevancia especial en las ciencias sociales a partir del “giro geográfico”, que supone apartarse de esencialismos. El concepto de espacio prolifera en series conceptuales: lugar, diseño, ciudad, geografía, topografía, mapa, distancia, paisaje etc. Uno de los grandes aportes de *La Ciudad Letrada* de Ángel Rama es la propuesta de leer el discurso como una práctica realizada en un espacio físico concreto y en un momento histórico determinado. Rama trata de dar cuenta de la materialidad de lo discursivo y postula un objeto (el letrado, la cultura y la ciudad) que posibilita una lectura transdisciplinar. La imagen espacial de la ciudad letrada rodeada de anillos amenazantes intenta dar cuenta no sólo de la ciudad simbólica sino de las relaciones con la ciudad real, que también la constituye.

La descolonización de la crítica colonial es un proceso constatable. Rolena Adorno y Antonio Cornejo Polar se acercan a la producción discursiva del período, a la luz de conceptos como “totalidad contradictoria” y “red de negociaciones discursivas”, buscando resolver conflictos como los de la estructura y el proceso, vitales en el camino de construcción de una historia.

Cornejo Polar, que parte de un trabajo filológico –el *Discurso en Loor de la Poesía* de la Anónima peruana– para arribar a las arriesgadas lecturas de *Escribir en el aire*, donde pone en acto sus teorizaciones, a veces de modo un poco forzado, sobre la heterogeneidad. Pero logra su objetivo: establecer la posibilidad de trabajar el proceso histórico, en este caso a la luz de la antinomia homogeneidad/heterogeneidad. Resulta fecundo su llamado a “historiar la sincronía” de los textos coloniales. El mayor aporte radica en la lectura contrapuntística de crónicas y wankas a partir de la narración del episodio de Cajamarca como con-

densación significativa.

La introducción de la cuestión del otro en los estudios coloniales impuso la definición de posicionamientos del sujeto colonizado/colonizador –a partir de elementos como focalización o lugar de enunciación (Adorno). También inquietó lo suficiente a la comunidad científica como para auscultar textos no frecuentados en busca de voces silenciadas– probanzas, cuadernos de manos, testamentos, relaciones, etc. Pero la categoría de la “alteridad” tomada de Mijail Bajtin, como queda demostrado en la prosa un poco lírica de *La Conquista de América* de Tzvetan Todorov, tiene una peligrosa labilidad que conlleva su abuso y banalización. De golpe, la diferencia se convierte en la protagonista, desoyendo cuestiones como la de la traducción

Coincido con Nelly Richard en que “Lengua, historia y tradición, no son totalidades inquebrantables sino yuxtaposiciones provisorias de multi-relatos no coincidentes entre sí que se pelean sentidos históricos en batallas de códigos materiales e interpretativos” (1993: 39). Pero no puedo dejar de señalar la importancia de la operación misma de la traducción realizada siempre desde y en el sistema hegemónico –desde dónde hoy se plantean tales preguntas–. Por otro lado, sigo apostando a la literatura, de cuyos saberes no debemos abjurar sino –independizándonos de los empobrecidos destinos de las instituciones oficiales– convertirlos en resistencia desde la memoria, rescatar la tradición, combatiendo el olvido.

El fracaso de proyectos historiográficos como los de Luis Iñigo Madrigal y Ana Pizarro –a los que se suma el de Roberto González Echevarría y Enrique Pupo Walker– nos alertan contra la falsedad de una historia de la literatura construida a partir de fragmentos curiosamente desconectados entre sí, productos de una selección desigual que oscurece no sólo vastas zonas de la literatura colonial sino, lo que es más grave, sus articulaciones –los resultados de encuentros como los organizados por Julio Ortega y Lucía Costingan y Beatriz González revela una coherencia mucho mayor–. Varios son los problemas que devienen en la cuestión de cómo hacer una historia sin dejar por eso de tener en cuenta las complejas relaciones entre estructura y proceso, imperio y colonia y cómo dar cuenta de la singularidad de los sujetos, representaciones y mundos sin abandonar el horizonte de la totalidad y la producción de una interpretación.

Releyendo documentos de encuentros como las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (JALLA) sorprenden los alcances de los mismos. Los primeros encuentros apuntan hacia nuevos caminos, luego retomados por instituciones canónicas. Casi homogéneamente se advierte su apuesta a la lectura de otredades, desde una ambigua posición frente a la literatura (Rojo, 1997). Si Martín Lienhard pone sobre el tapete la expresión literatura alternativa, en su estudio de las relaciones entre la voz y la letra, apuesta a la existencia de una corriente literaria paralela y John Beverley escandaliza con su ataque a la literatura centrada en el testimonio, la advocación, le sirve a Raúl Vallejo para inaugurar JallaQuito trazando una sola línea desde Guamán Poma de Ayala a Rigoberta Menchú. Modificar el lugar de enunciación de las agendas se transforma en una necesidad ya que volvemos a la problemática de la teoría sobre América Latina pero no desde América Latina. Los “ojos imperiales” que señala Mary Louise Pratt pueden reproducirse en la lectura de la crítica.

The Dark Size of Renaissance de Walter Mignolo es el proyecto más ambicioso de dar cuenta del trabajo de las producciones coloniales, a la luz de conceptos como colonialismo y modernidad. Este texto, lamentable y llamativamente no posee traducción castellana, queda fuera del alcance de la mayoría de las aulas latinoamericanas dirigiéndose así al especialista en habla inglesa. El mismo Mignolo argumenta contra la división Norte / Sur en escritos posteriores. El recorrido realizado por el autor, a la luz del concepto colonización (de la escritura y del territorio), permite dar cuenta de la formación de una textualidad. Al mismo tiempo, tiene en cuenta elementos como región y período, formulando un canon colonial alternativo al institucional.

Si se parte de imaginarios enfrentados se debe poder leer estos movimientos en los textos. El imperio, al imponer una lengua construye un territorio discursivo sobre las diferencias, estableciendo una peculiar interacción entre formas hegemónicas, residuales y emergentes. Felipe Guamán Poma de Ayala, sujeto colonizado, escribe, al igual que el Lunarejo, desde la ciudad letrada, y con menor circulación que Espinosa Medrano. Si no podemos olvidar que Guaman traduce los discursos de Domingo de Santo Tomás y Francisco de Victoria y que su retórica debe muchísimo a los discursos de extirpación de idolatrías, tanto al sermón como al jurídico, y que, al mismo tiempo es el fundador del mito del

Inkarrí, tampoco es serio postularlo como génesis de un práctica escrituraria ya que el texto no circuló. La idea de intelectual orgánico y de subalterno debe manejarse cuidadosamente.

Cuando Thomas Kuhn habla de los paradigmas científicos señala la importancia que, en la constitución de los mismos, tiene el conflicto y la lucha por el poder. Sus primeras construcciones afirman la intraducibilidad, la incomensurabilidad y la incomunicación de paradigmas pero luego considera que el hecho de que los elementos primeros no impiden la traducción posterior. Los encuentros entre distintos modelos científicos –o culturales– enfrentan terribles dificultades pero no necesariamente son irrealizables. Podemos llegar a habitar en dos paradigmas, en dos mundos dentro de la cultura. La inconmensurabilidad se da en el momento de choque pero existe una posibilidad relativa de habitar otros universos culturales, comparar valores y creaciones. La lectura de Kuhn nos sirve para pensar acerca de los mundos y narraciones de la colonización americana.

No sólo es difícil postular horizontes de comprensión comunes sino que no se puede ignorar el contexto de situación: los “contactos” culturales se producen en situaciones extremas en las que el lenguaje parece colapsar, bajo los efectos de la violencia histórica y natural. Una profunda desigualdad entre las posiciones de los sujetos exaspera la diferencia convirtiéndola en intraducible otredad o arman espejismos de semejanzas que la aniquilan, borrándola.

Existen grandes diferencias entre el “orientalismo” y el “occidentalismo” ...“Indias Occidentales”, el “Nuevo Mundo” y, finalmente, “América”, son las sucesivas palabras claves de los relatos de expansión de la modernidad europea. Las diferencias radicales entre el Occidentalismo y el Orientalismo son, primero, que el Occidentalismo comienza a gestarse a fines del siglo XV con la emergencia de las “Indias Occidentales” en el panorama de la cristiandad europea”; segundo, que el “Occidentalismo”, a diferencia del “Orientalismo”, es el discurso de la anexión de la diferencia más que de la creación de un opuesto irreducible: el “Oriente”. Precisamente, “Indias Occidentales” es el nombre que anexa la diferencia al Estado y es el nombre que se mantiene en todo el discurso legal del imperio hasta su caída. “Nuevo Mundo” y “América” comienzan a articularse más tarde, como discurso de la “cultura”, mas no como discurso del “Estado” (Mignolo, 1999).

Si se plantea la acción de la cultura conquistadora como homogénea se corre el riesgo de hacer generalizaciones torpes, que ignoren las características de la cultura imperial española que, dentro del “occidentalismo”, representa un espacio y un tiempo particular, unido todavía a la narración religiosa de la universalidad católica, no la de la modernidad europea. Paradójicamente la avanzada de la modernidad sobre América se hace en nombre de narraciones medievales. En el diseño histórico-cultural español tiene gran importancia la cultura popular, que, como bien se ha demostrado, es una cultura de la voz.

Las lecturas llevan a concluir que solo teniendo en cuenta las traducciones se pueden asimilar nuevos sujetos, discursos y representaciones –de ahí la gran importancia que cobra la narratividad–. Las narraciones son protagónicas, transforman las nuevas realidades en textos de cultura. Al mismo tiempo la hegemonía y continuidad de las mismas está en estrecha relación con la imposición de un orden militar y político. “El poder para narrar, o para impedir que otros relatos se formen y emerjan en su lugar, es muy importante para la cultura y para el imperialismo, y constituye uno de los principales vínculos entre ambos.” (Said, 1993: 13). No sólo se trata de culturas con narraciones maestras diversas sino de situaciones de ruptura, que instauran una batalla de textos y versiones, un combate de traducciones e interpretaciones.

Las culturas construyen archivos a partir de la memoria en y contra el olvido; vencen al olvido sólo y en tanto lo transforma en mecanismo. Leerlas aisladas de la materialidad que las secreta reduce su comprensión al naturalizar discursos que dependen de su lugar de enunciación. No se puede construir una historia de la literatura y la cultura de América Latina sin considerar las relaciones entre imperialismo y cultura, en su doble vertiente de dominación y resistencia. “Lejos de constituir un plácido rincón de convivencia armónica, la cultura puede ser un auténtico campo de batalla en el que las causas se expongan a la luz del día y entren en liza unas con otras” (Said, 1993: 14).

El Nuevo Mundo se dice en dos grandes tipos de narraciones: de conquista y de contraconquista. Las primeras arrancan de la experiencia imperial castellana y encuentran su fundamento en la narración religiosa de las cruzadas medievales. Las otras, surgidas en la fractura de los imaginarios de los grupos indígenas, se reformulan a partir del impacto de la opresión, intentado, desesperadamente,

construirse una historia que las integre al mundo. “Imposición de nombre” clama el Inca Garcilaso. “Vaciamiento de un cosmos” insiste Eduardo Subirats, denunciando la perversidad de una colonización que hoy continúa. Además, hay que tener en cuenta la desaparición y cambios de función que sufren los especialistas en la palabra.

El imperio apoya sus acciones en mitos blancos, en algunos casos reformulaciones de la narración de reconquista o en los surgidos al contacto con la tierra americana. Es interesante tener en cuenta la forma en que el discurso narrativo de la conquista reactiva formaciones residuales del archivo europeo como es el caso del imaginario de caballería o discursos como crónica. Las narraciones indígenas son silenciadas o reformuladas, siempre mediadas. Es el caso de la mitología de Quetzalcóatl/Santo Tomás o de Tonatzin/Guadalupe. Se produce un corte que, a su vez, posibilita la reconstrucción de la memoria de los pueblos conquistados, en función de la continuidad—la historia que va del guadalupanismo indígena al guadalupanismo criollo—. Las narraciones indígenas resisten en la utopía. El mito del Inkarrí se repite una y otra vez. Guamán Poma de Ayala inscribe la muerte de Atahualpa y la decapitación de Túpac Amaru del mismo modo resguardando la historia en el diseño del mito. Las condiciones de producción de discursos en situaciones de conquista no dejan otra posibilidad, que las de “diálogos provisorios” como marca Sara Castro Klaren. La figura del intérprete es central: La Malinche “cala hondo” en su lengua indígena y atraviesa, “corta” la lengua extraña, apretada de los invasores, situándose entre varios sistemas de transmisión (Margo Glantz). Si los intérpretes tienden un puente dudoso entre las culturas, la ajenidad de códigos entre ellas y la presencia de la violencia lo hace intransitable.

Para poder construir una historia de las prácticas discursivas no se puede abandonar el concepto de hegemonía y, sobre todo, el de totalidad. Se trata dar cuenta del período colonial a partir de una historia de las principales narraciones culturales, relacionadas por condensaciones significativas. Hay un espacio dominante, el de la cultura hegemónica también de carácter heterogéneo. Creo que no se puede sucumbir ante metáforas tan atractivas como “las tretas del débil” de Ludmer que, si nos provee de una llave para penetrar en la retórica de la respuesta de Juana, nos arrastra a un peligroso lugar de interpretación, el de la subalterni-

dad, condenando a un pensamiento elusivo –un *locus amoenus* que propone una adaptación a “la debilidad”–.

Si la construcción social de los hechos históricos depende del control de las producciones discursivas, las operaciones de traducción implican traicionar y torcer. “En Occidente hacer historia lleva a la escritura; los mitos han sido reemplazados por una práctica significativa que, en cuanto práctica es el símbolo de una sociedad capaz de controlar el espacio que ella misma se ha dado, de sustituir la oscuridad del cuerpo vivido con un querer saber y dominar el cuerpo; transformar la tradición en texto; convertirse en página en blanco que ella misma pueda llenar” (de Certeau, 19). Los estudios de Margo Glantz sobre la literatura colonial resultan iluminadores; intenta dar cuenta de la conquista de la escritura a través de metáforas interpretativas como la de una escritura corpórea, que se inscribe en el cuerpo y en la letra. Refiriéndose a *Los Naufragios* de Alvar Núñez señala:

Álvar Núñez ha vuelto al punto de partida, sí, pero sólo imperfectamente porque su cuerpo “ha sacado señal”: Las marcas son indelebles, han sido trabajados por otras lenguas y otras escrituras, las de la horadación, el embijado, el tatuaje, la intemperie y el hambre, inscripciones que, al organizar el palimpsesto –la superposición de discursos y la ambigüedad social y sexual– lo hacen *indestructible* (1992: 114).

La revaloración de los tropos en los estudios de la cultura permite leer la cultura como una articulación de historias, un intrincado tejido narrativo –y trópico– de sentido, producto y determinante de interacciones sociales. En ese sentido resulta enriquecedora la exhaustiva propuesta de Carlos Jáuregui en *Canibalia* donde atraviesa la cultura latinoamericana a partir de la metáfora del caníbal, uno de los primeros “encubrimientos” del hombre americano. Se propone aprovechar “la enorme carga simbólica que significa que América fuera construida imaginariamente como una *Canibalia*: un vasto espacio geográfico y cultural marcado por la imagen del monstruo americano comedor de carne humana, o a veces, imaginada como un cuerpo fragmentado y devorado por el colonialismo” (Jáuregui, 2008: 18).

Para “trascender el occidentalismo” y acceder a la conversión de nuestra tradición en texto, debemos establecer campos propios, construir categorías geohistóricas que enfrenten, al mismo tiempo que contemplen, las culturas imperiales, partiendo de la rearticulación de la historia y la geografía. La etapa actual de globalización, no sólo por la creciente magnitud de las corporaciones transnacionales sino también por sus objetivos, incrementa la importancia de la localización. O, lo que es lo mismo, al restituir el espacio restituyen las historias locales y al restituir las historias locales disminuyen la idea de una dupla constante entre occidente y el resto del planeta. En ese sentido no creo que haya que asumir el lugar de lo subalterno, que, es en el fondo el de la localización que produce el imperio en los espacios coloniales. Si el canon es “el arte de la memoria literaria”, creo que en América Latina, continente azotado por el analfabetismo, se impone armar archivos y lecturas del archivo que permitan incorporar la pluralidad sin renunciar a la materialidad de la literatura.

Rebelarse contra lecturas colonizadoras supone recorrer y rescatar la colonia como red discursiva, como totalidad, no ceder su interpretación a mediadores privilegiados, disputar el poder de interpretación de nuestros discursos desde América Latina, apropiarnos de la agenda crítica, sin dejar de tener en cuenta las interacciones con el centro imperial, oponer una narración crítica de resistencia. “Entre nosotros, en cambio, no hay un solo tiempo: todos los tiempos están vivos, todos los pasados son presentes. Nuestro tiempo se nos presenta impuro, cargado de agonías resistentes. La batalla es doble. Luchamos contra un tiempo que, también, se divierte con nosotros, se revierte contra nosotros, se invierte en nosotros, se subvierte desde nosotros, se convierte en nombre nuestro” (Fuentes, 1983: 9-10).

Bibliografía

- Adorno, Rolena (1988): "El sujeto colonial y la construcción de la alteridad". En *Revista de crítica literaria latinoamericana*, Año XIV, Nro. 28, Lima.
- Canaparo, Claudio (2000): *Imaginación, mapas, escriturada. Noción de Espacio y Perspectiva cognitiva*. Buenos Aires: Zibaldone Universidad.
- Cornejo Polar, Antonio: "La literatura latinoamericana y sus literaturas regionales y nacionales como totalidades contradictorias". En *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, Ana Pizarro (comp.).
- *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima: Horizonte, 1994.
- De Certeau, Michel (1993): *La escritura de la Historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- Fuentes, Carlos (1983): *Tiempo Mexicano*. México: Joaquín Mortiz.
- Glantz, Margo: "La Malinche: la lengua en la mano". *Dispositio*, Vol. XVIII, Nro. 45.
- (1992): *Borrones y borradores. Reflexiones sobre el ejercicio de la escritura (Ensayos de literatura colonial, De Bernal Díaz del Castillo a Sor Juana)*. México: Ediciones del Equilibrista.
- González, Beatriz /Helena Costigan (1992): *Crítica y Descolonización: el sujeto colonial en la cultura latinoamericana*. Caracas: Universidad Simón Bolívar, Universidad Ohio.
- Iñigo Madrigal, Luis (coord.) (1982): *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid: Cátedra (Dos tomos).
- Jameson, Fredric (1989): *Documentos de cultura, Documentos de barbarie*. Madrid: Visor.
- Jáuregui, Carlos A. (2008): *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*. Vervuert: Iberoamericana.
- Lienhardt, Martín (1992): *La voz y su huella*. Lima: Horizonte.
- Ludmer, Josefina (1985): "Las tretas del débil". En González/Ortega (coord.): *La sartén por el mango*. Puerto Rico: Huracán.
- Mignolo, Walter: "Tradiciones orales, alfabetización y literatura (o de las diferencias entre el canon y el corpus)", mimeo.
- : "La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)". En *Dispositio* Vol. XI, Nos. 28-29, pp. 137-160, Department of Romance Languages, University of Michigan The University of Michigan.
- (1995): *The Darker Size of Renaissance. Literacy, Territoriality and Colonization*. Ann Arbor: The University of Michigan.
- (2005): *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barce-

- lona: Gedisa.
- Ortega, Julio y José Amor y Vázquez (eds.) (1994): *Conquista y contraconquista. La escritura del nuevo mundo*. México: El Colegio de México-Brown University.
- Pastor, Beatriz (1983): *El discurso narrativo de la conquista de América*. La Habana: Casa de las Américas.
- Perilli, Carmen (1998): *Colonialismo y escritura en América Latina. "Ya béis que oy es tiempo al rebés"*. Tucumán: Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.
- Pizarro, Ana (1987): *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: Colegio de México y Universidad Simón Bolívar.
- (1985): *La literatura latinoamericana como proceso*. Centro Editor de América Latina.
- (1993): *América Latina. Palavra, literatura e cultura, Vol. A situação colonial*. Memoria.
- Quijano, Aníbal: "Coloniality of power, eurocentrism, and latin American". *Nepantla: Views of South*, vol. 1 Nro.3.
- Rama, Ángel (1985): *La crítica de la cultura en América Latina*. Venezuela: Ayacucho.
- (1984): *La ciudad letrada*. Montevideo: FIAR.
- Richard, Nelly (1989): *Masculino/Femenino*. Santiago de Chile: Francisco Zeegers.
- Said, Edward (1996): *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Anagrama.
- (1990): *Orientalismo*. Madrid: Libertarias.
- Sarlo, Beatriz (1986): "Clío revisitada". En *Punto de vista*, año IX, Nro. 28, noviembre.
- Schwartz, Roberto (1986): "Nacional por substracción". En *Punto de vista*, año IX, Nro. 28, noviembre.
- Subirats, Eduardo (1991): *El continente vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*. Madrid: Anaya y Muchnick.
- Todorov, Tzvetan (1987): *La conquista de América. La cuestión del otro*. México: Siglo XXI.
- Varios (1993): *JALLA La Paz*, Memorias, Bolivia: Universidad de San Andrés.
- (1995): *JALLA Tucumán*, Memorias, Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- (1998): *JALLA Quito*, ponencias publicadas en Kipu, Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Williams, Raymond (1992): *Sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós.